

El endecasílabo perfecto del amor, su único tema

Miguel Alfonso Márquez Ordóñez

Foto: Diario El Universal



Ardiendo con más fuegos... Animal cansado,
un látigo de llamas me azota con fuerza la espalda.
He hallado el verdadero sentido de las palabras
de los poetas. Me despierto cada noche envuelta
en el incendio de mi propia sangre.

Marguerite Yourcenar

Recibo con entusiasmo la idea y la invitación que me hace Celso Medina para escribir en el homenaje a Armando Rojas Guardia en la revista que dirige en Maturín: *Entreletras*. Hacía poco había leído en esta publicación una excelente entrevista que le hizo Celso a la profesora Carmen Ruiz Barrionuevo, una gran amiga de la literatura venezolana desde su magisterio en la Universidad de Salamanca. En ese mismo número también leí unas reflexiones muy interesantes del académico Édgar Colmenares del Valle. Me impresionó, sobre todo, no sin dolerme, que un maestro por esencia la Universidad Central de Venezuela hable desde Canadá, país donde vive y enseña en la actualidad. No lo sabía.

Celso es un amigo desde hace mucho. Recuerdo siempre de él su entrega al estudio, a la enseñanza, y lo que puedo llamar su admiración consecuente por Armando. Este año

leí con tremendo placer –entre otras, por la complacencia de encontrar a Paul Valéry en un español tan cercano– su traducción de *El cementerio marino*. Transcribo acá el poema XIII porque me parece una señal valiosa para avanzar con este rodeo sobre el poeta homenajeado. Antes transcribo una cita del estudio introductorio que hace el también traductor: “*El cementerio marino* es un poema de largo trabajo, y en donde se procura que la poesía sea menos inspiración y más un oficio de laboriosidad”. Me detengo en esta palabra: “laboriosidad”, y lo bien que le viene al poeta caraqueño. A propósito de esto, recuerdo cuando mi amigo escribió *El dios de la intemperie* en la pensión donde vivía, ubicada en la urbanización La Campiña. La intensidad del momento, los días enteros que pasó enfebrecido escribiéndolo, casi sin comer, entregado por entero a la creación de su libro en una gesta donde si no hubo fiebre literal, la hubo y mucha fiebre metafórica: fue un acontecimiento y su cuerpo lo reflejaba perfecto. Que venga entonces ahora el poema de Valéry:

Los muertos ocultos están felices en esta tierra
que les calienta y les reseca su misterio
Mediodía allá arriba, Mediodía inerte
se piensan en él y se conviene a sí mismo
cabeza completa y perfecta diadema
soy en ti la secreta mudanza

Qué emoción me transmite esto: “soy en ti la secreta mudanza”. Cuántas cosas se dicen o se escuchan y pasan en este tránsito. Una acústica del alma es lo que tenemos en estos versos, en este pensamiento puesto en la vertiente de la luz a mediodía. Esa luz que tanto amó el poeta de los dioses a la intemperie, el mediodía de la conciencia dijo en varias oportunidades y habló también del Macuto de Armando Reverón. Son las correspondencias o las secretas mudanzas desde la perfecta diadema que es la poesía de Armando: su vida entera, su regalo.

Para este homenaje me encuentro emocionado. Al comienzo pensé en publicar en la revista lo que había escrito, a raíz de su desaparición física, en Facebook, pero ahora me parece que debo hacer algo distinto. Algo en el tono de ese

escrito me distancia de lo dicho allí. Se trata ahora, en este nuevo texto, por un lado, de comentarios sobre él y su vida desde poemas que le dediqué a Armando y sé que le gustaron. Por otro, da cuenta de una historia de admiración y de amor. Ojalá que lo hecho esté medianamente cercano a la idea de la experiencia que estudió el poeta y ensayista en un célebre filósofo alemán:

Como lo expuso con brillantez Walter Benjamin (...) renunciar a la narración como fuente de conocimiento implica renunciar también a la experiencia. En nuestro tiempo hay un eclipse de la experiencia y, en consecuencia, igualmente de la capacidad de contar. Solo lo narrativo es sensible al énfasis subjetivo y a la particularidad de la experiencia.

Entre canto y cuento

Eso es, la particularidad de lo existencial como norte, con aquello que tiene que ver con lo propio de existir, de aquello que lo toca a uno y solo aquí con atención de homenaje podemos rodear y verbalizar. Entonces decido traer tres poemas míos a este escrito, pues en su momento se los dediqué como auténticos homenajes y a él le conmovieron esas palabras a las que hoy, con el tiempo de haberlas escrito, trataré de escuchar.

El primero es del libro *La casa, el paso*, de 1991, es el poema XVI:

El cuerpo de Patroclo yace ahí, dormido, junto a la inmensidad del mar y de mi llanto. Trato de darle ánimo, de convencerlo del mal sueño, de que hable. Pero a su boca no afloran las palabras y una expiración lenta, indetenible, viene a llevarse la esperanza de conservar el más mínimo calor entre sus venas.

Cuánto quisiera detener tu viaje al hades. Detener esa inmersión que hace de aquella antigua carpeta, de aquella noble tela donde leyéramos el curso constelado de los astros, una rupestre residencia, una habitación, un mero cuarto.

Quisiera encender una gran pira funeraria, regar la tierra con ánforas de vino o con aceite, y esparcir esa densidad púrpura, aún cálida, de carbras, para intentar que abras los ojos de repente.

Mas no me llamo a engaño, sé muy bien que tus cenizas ya no arden. Y siento esa mutilación aquí, cercana, como estúpida ausencia imperdonable, como encendido clamor, como reclamo.

Miro hacia lo alto, cuando la montaña es más que una elevación de tierra y vegetales y es el desconcerto lo que adviene, la equivocada nota bajo el cielo, brusco entre los tropezones.

Patroclo ha muerto, a mi lado no está para emitir aquel lenguaje, aquellos párrafos preñados de caldo y abundancia, donde una frase se dirigía hasta el sol y la redimía con creces al quemarla; donde era posible encontrar respuesta a ese rapto que ascendía hasta el lomo cobrizo de las cosas y las hacía temblar, vivaces como nunca; donde su voz era fuente de delicias y callaba ante el esplendor fecundo, orgánico, de la divinidad feliz de aquel instante; donde la tierra, el mar, toda la luz abría sus fauces y era la vida inspirada pasión, physis palpitante.

Ya no puedo responder a esa visión que me hizo conocer la embriaguez, el éxtasis de respirar sobre la tierra. Ya no puedo decir que estuve allí, me fue imposible creer sin más en la evidencia y palpé esa pétrea, dura costra, que me impidió exclamar, Dios mío, gracias.

Aquí de entrada debo decir que el poema me sigue gustando, me parece muy lindo el modo de decir lo que dice entre microcosmos de asuntos. Digo también que la recreación de lo griego no fue una selección consciente, sino un modo de escritura que encontré en el camino hacia el poeta, en correspondencia emocional con la lectura que hacía entonces de la *Iliada*. Así salió este poema narrativo que busca dar cuenta de una relación especial con alguien muy querido en un momento de pérdida. Esto creo que lo dice el poema bastante bien a través de la ficción que puntualiza la tristeza de la hora en que el amigo no está. En lo personal me animaba darle un obsequio, unas palabras para expresarle mi cariño.

Confieso que después haberlo escrito me llegaron a preocupar los ecos del amor a alguien del mismo sexo. Tema que era uno de los grandes temas de Armando y al que me asomaba por el amor y el miedo. Para decirlo en forma de preguntas:

- ¿Será que este poema da cuenta de una manera que tengo de querer a aquellos que están dentro de la órbita de los amigos del mismo sexo que uno por suerte consigue en la vida?
- ¿Será que en amistades como esta uno efectivamente le da cauce y curso a lo que tiene de perverso polimorfo, como dijo Freud?
- ¿Será que las relaciones con los otros y las otras están muy lejos de ser el espacio de la transparencia y es justamente esta dificultad esencial la que sale a relucir?
- ¿O me acerqué a las arenas de Patroclo con un espíritu de libertad para hablar de lo prohibido?
- ¿Este acercamiento lo que buscaba era quizás estar más cerca de Armando, mi amigo gay, por

encima de los prejuicios?

- ¿Es el lado femenino de mí el que sale aquí retratado?

Creo que todas las preguntas no son tales y tienen que ver más bien con su respuesta afirmativa implícita. Tal vez sea este mi modo de hacerles lugar. En este sentido, pienso que me gusta hablar de estos temas porque es como si lo hiciera con el poeta, con el amigo, en una zona donde abordo la propia feminidad. Asunto este que los poetas vivimos desde un comienzo con esa forma tan especial de pensar y de ver las cosas con una lógica que no es la lógica aristotélica, sino propiamente esa lógica poética que con lo femenino tiene unos lazos muy especiales.

Lo cierto y relevante a lo mejor es que en Armando la interrogación sobre la sexualidad fue muy importante en tanto que orientadora a lo largo de su vida, y desde muy temprano trataba de hacer conciencia en un terreno donde la claridad no abunda tanto como los prejuicios. Las páginas que le dedicó al erotismo son la osadía y la virtud de un agudo estilo en un decir que revela lo nunca antes dicho y visto entre nosotros –los venezolanos y quizás más allá– con un esfuerzo riguroso de pensamiento, belleza, riesgo y sinceridad.

Asimismo, desde otro punto de vista, sé que Armando fue un real refugio y amparo para los miedos y las dudas que me enredaban a cada rato y por muchos lados. Su amistad me ofrecía un terreno de seguridad que añoraba en presente continuo, ya que bajo su influencia me sentía en una casa con un techo simbólico muy poderoso contra la adversidad del mundo: me sentía a salvo estando con él. Un día Armando me preguntó que le resultaba curioso que lo colocara en este y el otro poema que citaré dentro de poco como persona fallecida. No supe qué responderle. En la actualidad, pienso ante esa pregunta que, primero, en aquella época nunca imaginé que Armando hubiese vivido tanto como vivió. Me asombran su fortaleza y sus deseos de vivir. Segundo, a lo mejor lo que sentía en aquellas cíclicas hospitalizaciones de Armando era terror de que efectivamente muriera alguien a quien tanto quería y tanto bien me hacía como maestro del espíritu y como Aquiles protector. Después lo llamé ave Fénix, por su capacidad de resucitar de esos encuentros tremendos con los límites de la vida. Tercero, me parece que el poema se encuentra en la órbita del desamparo como lo central de lo que ocurre allí, desde una manera de sentir que lleva hasta la orilla de la playa la materia primera de eso que puede ser lo más propio: esa nostalgia, ese trauma, esa tristeza inconsolable, ese dolor, esa sentimentalidad (“El cuerpo de Patroclo yace ahí, dormido, junto a la inmensidad del mar y de mi llanto”). Y quien padece la muerte de Patroclo es un Aquiles de la debilidad: un aquí les dejo este llanto en las arenas. Realmente esas hospitalizaciones de Armando eran muy fuertes, lo hacían

sufrir a él y a quienes lo queríamos. Y esto me parece lo más valioso que registra el poema.

El otro lado de la luna

El segundo texto que dediqué al poeta es “A manera de epílogo”, que aparece al final del libro *Soneto al aire libre* (1986):

Fracasará Víctor al tomar ácido
como la ruta directa hacia la danza.
Fracasaré yo con estos versos sueltos
para un poema inconcluso.
Ludovico (viejo al fin/ y sabio)
renegará del vino en el altar de Epicuro
y mirará hacia el cielo.
Alguien descorrerá las cortinas antes del alba
y se escuchará un disparo.
Se derrumbará hasta el mar
el poco pasado que nos queda.
No aparecerá abril para castigar (muertos por agua)
los usureros, ni tendremos casa grande
o patria compartida.

Pero, aunque esta goleta de baratijas
(este adorado cuerpo de lentejuelas,
mi ciudad, mi rata) se haga agua,
quedará indeleble la imagen que nos redima
del polvo y el desprecio.
En la feria, entre los carros y los filisteos,
Ya entrada la noche en una pequeña casa
de La Campiña, mientras el calor se hace
dorada página D'Annunzio
y cuando la tarde cercana presagia
futuros desembarcos (llevaremos el Springfield,
llevaremos música y tabaco), allí
sigue escribiendo el Poeta.

Lo primero es el cambio de escenario y la continuidad en la admiración y el afecto. El poema lo dice perfecto en el título: “A manera de epílogo”, es decir, de cierre, de final. Siempre viviendo con Armando esa cercanía al esplendor y a la muerte. Ahora es el difícil y encabritado universo de la historia el que interviene. El fracaso, las drogas, el alcohol, el suicidio, la prostitución, todo esto en el poema creo que se ve –vamos a decir– equilibrado por la presencia del escritor que no cede en su deseo, en la escritura, en sus valores. Él (el poeta del poema) está allí como creador ocupado en todo momento con las letras y las páginas, a pesar de todos los pesares y en particular, por ejemplo, desde los ángulos de la estética (“D'annunzio”), y la política (“los futuros

desembarcos”) en el trío del (fusil) Springfield, la música y el tabaco. Símbolos estos para mí de la revolución cubana y entramado que saca a la superficie del recuerdo, en los intersticios de la memoria, aquel relato de Cortázar, “Reunión”, que tanto le gustaba a Armando y él lo leía en voz alta con verdadera emoción.

Este poema es del ochenta y seis y el manifiesto es del año 1981. Es decir, la idea de un cambio político se mantenía intacto en él por la vía de la inspiración socialista y en mí también. A continuación, traigo el fragmento de una entrevista que le hice cuando apareció (año 2000) su poemario *El esplendor y la espera*, para señalar lo fiel que fue a su compromiso con los más desprotegidos de la historia:

MM: Dentro de la vivencia de la mística y del sentimiento de lo sagrado también ha estado siempre en ti la conciencia del tú como un valor fundamental de la reflexión cristiana, reflexionas en ese Otro que en nuestros países adquiere el rostro del oprimido. ¿De qué manera está presente esta reflexión en este, tu último poemario?

ARG: Hay una experiencia radical de la alteridad sagrada que nos constituye en cuanto sujetos. En toda mi poesía y en mi obra ensayística he tratado de desplegar la experiencia radical del Otro como un dato insoslayable de la propia conciencia. Es decir, creo que no puede darse una conciencia adulta dentro de la mismidad del yo entendido como una especie de espacio cerrado, que tenga bloqueado el sentido y el sentimiento de la alteridad. Creo que es ese el mensaje de Jesús de Nazareth, tomando lo esencial de él. Por supuesto que la experiencia radical del Otro nos conduce a la vivencia de nuestra vinculación con los oprimidos, porque sencillamente donde el Otro se expresa más desnudamente como Otro que juzga e interpela la mismidad del yo, es en el pobre y el oprimido».

En la última publicación que hizo en la Revista *SIC* hace unos cuatro meses (junio 24 de 2020) expresó de este modo la mirada axiológica que soportaba su inalterable apuesta por los pobres:

Nietzsche no le perdonó a Cristo esta reivindicación flagrante de lo plebeyo. Pero no hay otra manera de aceptar y asumir el cristianismo. La pandemia nos ha mostrado nuestra propia vulnerabilidad, nuestra labilidad constitutiva, la nuestra y la de nuestros seres queridos. Pero si somos seguidores de Jesús nuestra opción preferencial, incluso afectiva, debe ser por los contagiados, los pobres que, hacinados en los barrios y en los sectores populares, no pueden permitirse el «distanciamiento social», los 265 millones de personas que

se calcula vivirán en los próximos meses dentro de condiciones extremas de miseria a causa de las consecuencias económicas suscitadas por el virus, los afrodescendientes, los indígenas, los emigrantes y desplazados, los ancianos (20.000 ancianos han fallecido solamente en España abandonados a su suerte y sin atención hospitalaria), los presos... En Venezuela, el 87,7% de la población malvive en situación de pobreza y el 61,2% lo hace en franca miseria. Es una perogrullada afirmar que, en tal contexto, con los servicios públicos dramáticamente colapsados y con una infraestructura hospitalaria y, en general, sanitaria, verdaderamente crítica y deplorable, los efectos letales de la pandemia no hacen sino acrecentarse y agravarse.

En la actualidad, la historia de nuestro país resulta muy frustrante desde el punto de vista de la “izquierda” en el poder en Venezuela (que él nunca apoyó en realidad, por cierto, yo sí, y durante años este movimiento hizo más cosas buenas de las que se dicen, y ahora, además, con semejante derrumbe seguro que no es el tiempo para las rosas rojas de los inventarios). Y no quiero avanzar más por acá. Prefiero ir hacia el final de este escrito con unas palabras que tengo sobre él en un libro mío aún inédito (de 2011). Dice así:

Armando Rojas Guardia, hombre brillante y nervios sensibles, estudioso, creador, es el poeta por definición, el alma. Una conciencia franca y abarcadora, sincera, combativa, aguda, crítica y riesgosa. Lo conocí en mi casa una tarde que mi hermano Alberto llegó con unos compañeros del taller de literatura del Celarg y de inmediato, como por un golpe de suerte al que nos habíamos preparado sin saberlo, se aparecía allí, con toda la dimensión humana y envergadura intelectual que lo han acompañado. De un lado, la oceánica sensibilidad con la insondable y enamorada percepción de los hechos, junto con la sabia, lúcida, erudita, memoriosa y cálida, radical colocación de su vida frente a las circunstancias.

Para mí su nombre de poeta es sinónimo de maestro generoso y auténtica genialidad. Contaba con un ojo clínico para verse a sí y a los otros. En su lenguaje ignaciano, dibujaba con rapidez composiciones de lugar en cuanto a lo psíquico y era un placer verse captado por esa agudeza benigna y profunda, pues por allí siempre había posibilidades de salir adelante. A mí me parece que se podría crear una valiosa colección de dedicatorias de Armando a sus amigas y amigos, pues son impactantes por su diversidad y esa puntería en cuanto a lo esencial de la relación que cultivaba con ese alguien a quien le dedicaba los libros. Hermosas

dedicatorias que reflejan la energía espiritual que le surgía en la captación y el encanto de los demás. Desde esa tarde le dimos inicio a una relación infatigable con la poesía como a un don del que debemos ser responsables. Armando es un capítulo de la mayor certidumbre, donde la acústica de la vaguedad adquiere una radiante fisonomía, donde los vaporosos principios se convierten en faros. A su lado conocí las ecuaciones que señalan las estrellas, el mito de la materia humana y la paz que la prolonga comprensiva, absolvedora, sin lugar para que la culpa florezca o se interponga.

Lo he querido mucho, tal como lo merece, sin obstáculos. Vino a confirmarme cuando menos lo esperaba y me eran necesarias, la vocación poética, la entrega a la literatura y las complejidades de la admisión de uno mismo. El tejido del sentido, la fe en las palabras en el momento en que uno se dedica a ellas, cuando la vocación se convierte en proyecto de vida. Con él aprendí a respetar y a querer lo más importante en el trato con las palabras y a entender que uno como creador es parte de una tradición a la que debe tener en cuenta, quererla, repensarla e incluso confrontarla.

En 1993, Monte Ávila Editores Latinoamericana quería publicar un libro suyo y el amigo y poeta Rafael Arráiz Lucca me pidió que hiciera la selección y el prólogo de esa Antología poética que salió de imprenta en 1993. Todavía le agradezco a Rafael ese gesto tan significativo. Me anima el traer acá parte de un párrafo, pues me parece acertado y preciso:

A las señales de un rostro que se ha asomado más

allá de lo posible, le corresponden versos como cicatrices; al paso entusiasta y presuroso, la electricidad súbita del poema; a la expresión del rostro tocado por la gracia y la desgracia de la lucidez, una oración profunda que lo reconcilia con la vida pese a la constancia infernal del vacío; a la gruesa modorra que lo hunde en los pantanos de la psique, los pesados silencios donde la lectura ahoga; a su impecable desarreglo personal, tan libérrimo, una musicalidad de honda y trashumante madrugada; a la mesa limpia y solidaria de su existencia, el endecasílabo perfecto del amor, su único tema. Pero a la manera del árbol que se ramifica en secreto y va probando los distintos tonos de la luz que caen como cantos de agua sobre las hojas, ese único tema conocerá sucesivas variaciones, marchas y contramarchas, con bendiciones y blasfemias. En el corazón de estas páginas brillan las contradicciones y sin amputar su alma, Rojas Guardia se mantiene pensando y escribiendo entre las contradicciones que lo acechan. De allí su inmensa capacidad de interlocución, de hablar sus textos con gentes tan distintas.

No podría resumirlo en una situación, en una anécdota. Confidente, cómplice, inteligente hasta el desamparo, ha sido un lujo tenerlo como amigo, un lujo ritual, proverbial, entusiasmante.

